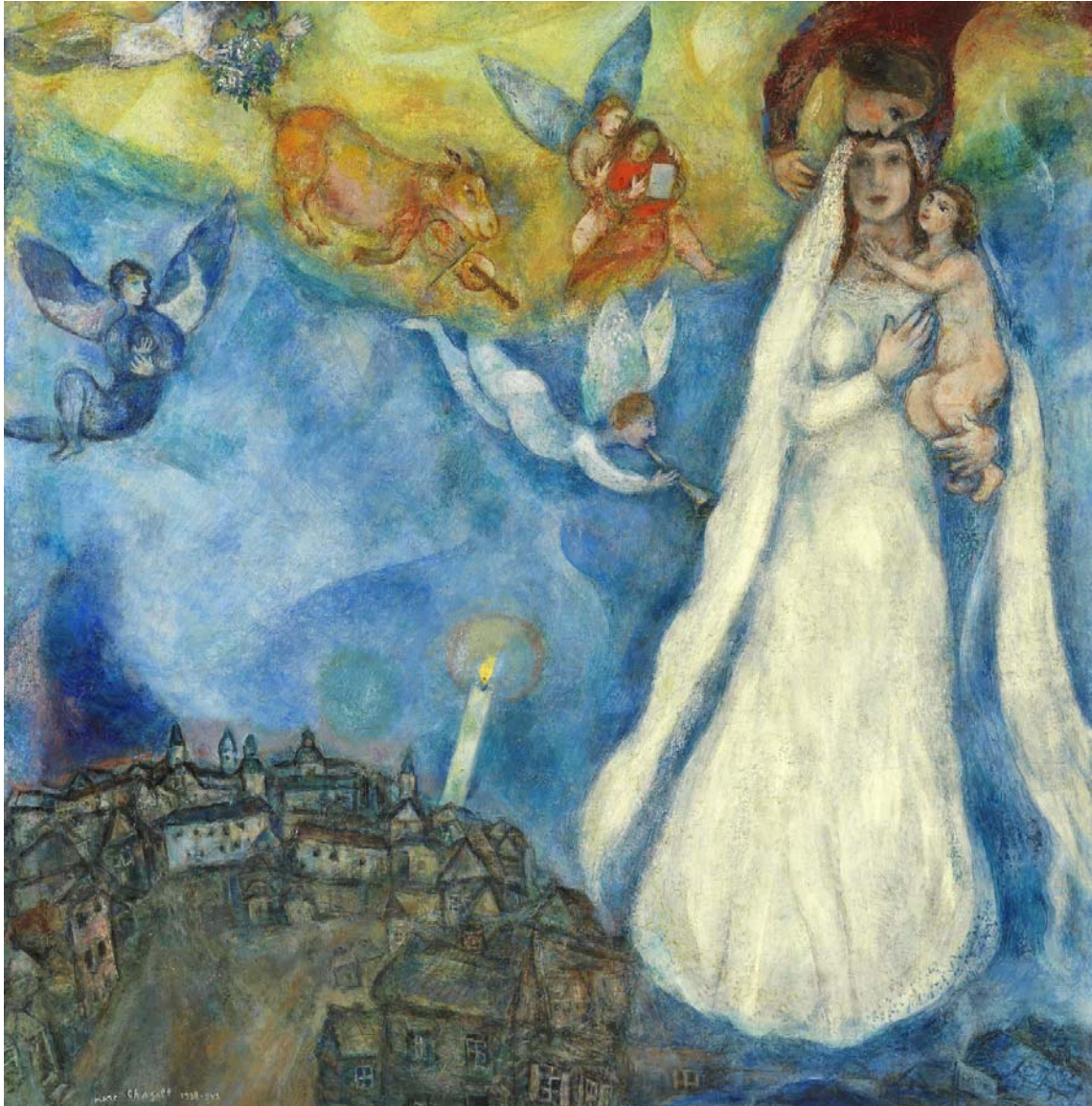


"LA VIRGEN DE LA ALDEA"

MARC CHAGALL



“Esto que atrae nuestro amor en la hermosura de las criaturas o en nosotros mismos corresponde -en nuestros seres y en el propio corazón nuestro- a un Amor primero: amamos a seres que son bellos porque han sido amados; y a los vestigios de aquel primigenio amor, cuando les amamos, nuestro corazón se acoge. Aquella voz misteriosa de la belleza que incita a nuestro corazón, es eco de otra voz y de otro corazón”

Marie-Alain Couturier

Mes de Noviembre, recorreremos expectantes hoy el Paseo del Prado de Madrid, desde la plaza de Atocha a la de Neptuno, en un día soleado de otoño entre los enormes árboles del bulevar.

Salimos al encuentro de una de las obras del pintor bielorruso **Marc Chagall**, que nos espera en la sala 45 del **Museo Thyssen-Bornemisza**.

Recorreremos las estancias previas admirando a Kandinsky, Hopper, Dalí, Picasso,... hasta encontrarnos con la obra que nos ha llamado hoy: "**La Virgen de la Aldea**", pintada por Marc Chagall durante los años en los que Europa estaba viviendo el drama del holocausto judío.

El pintor, nacido en el seno de una familia de origen judío en la ciudad de Vitebsk situada entre Moscú y San Petersburgo, vive allí su infancia y juventud iniciando sus primeros pasos en el arte de la pintura, que continuará luego en San Petesburgo, París y Berlín. Y es allí en su ciudad natal, en su "aldea", donde encontrará los motivos, los lugares, los objetos y las personas que constituyen ya para siempre su mundo propio de vivencias y emociones, que a lo largo de toda su vida seguirán siendo siempre los personajes y protagonistas de sus cuadros.

Al aproximarnos a "La Virgen de la Aldea", lo primero que nos sorprende es el colorido intenso y la escena calmada, alegre, esperanzadora y serena de la obra, por contraste con las emociones dramáticas que debía estar viviendo el artista que iniciaba la obra en **1938**, momento de su huida hacia Francia por el avance antisemita nazi, terminándola posteriormente durante su refugio en Nueva York en **1942**, habiendo vivido el periplo y trasladado sus cuadros por distintos países durante aquellos años convulsos previos a la **Segunda Guerra Mundial**.

En esta época, Marc Chagall pintó numerosas obras de tradición cristiana, entre ellas la "**Crucifixión blanca**" una de las obras pictóricas predilectas del Papa Francisco.

La Virgen de la Aldea representa a una Virgen blanca, con el niño en brazos, rodeada de ángeles, músicos y cantores. Todos los personajes se sitúan sobre una pequeña aldea, en la parte inferior del cuadro.

La imagen parece una **ensoñación**, aspecto muy característico de la obra de Chagall. En esta obra sitúa a la Virgen en el mismo plano que al espectador, al que introduce de este modo en la escena, generando la aparente ilusión de estar sobrevolando entre azules ese mundo que queda allá más abajo de nosotros, resguardado y protegido por la Madre, que está velando por él, por su pueblo, por su **aldea de Vitebsk**, sus tejados y casas bajas de madera, las cúpulas de sus iglesias, su río Dvina y su puente. Y desde éste, como un verdadero puente entre la tierra y el cielo emerge la impresionante figura de la Virgen, situada de pie, toda vestida de blanco como una novia, con el Niño desnudo en sus brazos. La madre que une tierra y cielo.

El mundo para **Chagall es COLOR.**

Vemos cómo la composición del cuadro se estructura en tres franjas horizontales de distinto color. La zona superior en tonalidades cálidas representa entre nubes el mundo celeste, imagen de la felicidad, donde figuras humanas y también una vaca representan personajes que unen la música, el canto y el amor, en torno a la Virgen.

La franja intermedia de azules con un ángel tocando una trompeta en vuelo horizontal, y otro ángel misterioso agazapado y sombrío en colores más oscuros en el lugar más distante de la Virgen. Y en la parte inferior del cuadro, en colores pardos, menos luminosos, se han suprimido todas las figuras humanas dando protagonismo a su ciudad natal, Vitebsk: la aldea.

En el conjunto pictórico algunos elementos llaman especialmente nuestra atención, y nos interrogan, porque tienen un fuerte contenido simbólico:

El **cirio encendido**, que sale desde el pueblo hacia el cielo, nos recuerda al cirio pascual, símbolo de Cristo resucitado. El cirio que asciende desde la aldea y se eleva hacia el cielo se convierte también en plegaria, la plegaria del pueblo que está sufriendo durante esos los duros años de la Segunda Guerra Mundial, de la humanidad que sufre.

El nimbo de la Virgen. Aquí Chagall evita la representación clásica del círculo dorado que enmarcaría la cabeza de la Virgen, y lo sustituye por los brazos de un personaje casi infantil que en un gesto de cariño hacia la Madre dibuja un círculo amoroso entorno a su cabeza.

El ángel que toca la trompeta, como portador de un mensaje de esperanza y alegría. Ante la masacre de la guerra, la muerte y el dolor, el Ángel parece llamarnos a la Esperanza, y nos recuerda que ese Niño vencerá a la muerte y resucitará.

Algunos estudios sobre la obra argumentan la identificación de la Virgen de la Aldea con la tipología de la Virgen de la leche, si bien reflejando Chagall de manera sutil el gesto de disponerse a amamantar al niño por la Virgen, y del niño niño buscando también el alimento materno.

Decía Chagall que *"La pintura es un estado del alma"*. De este modo ha ido creando la materia de sus cuadros con los recuerdos y afectos que lleva en su corazón, y nos presenta una visión muy personal de la maternidad de la Virgen, que nos transmite esperanza y protección.

La figura de Chagall, y su obra "La Virgen de la aldea" nos sirven hoy también para preguntarnos sobre la escasa representación de obras de **arte religioso del siglo XX** en nuestros museos en la actualidad, y nos invitan a comprender esta realidad como un reflejo de la situación vivida por el arte religioso a lo largo del pasado siglo, que se mantiene también en el presente.

Marie Alain Couturier (1897-1954), artista francés y religioso dominico que ha sido una figura central en las relaciones entre el arte religioso y el arte contemporáneo, dándose cuenta de esta realidad y del aislamiento del arte religioso con respecto al lenguaje de su tiempo, inició un camino de evangelización a través del arte que ha tenido una importancia crucial en el diálogo posterior entre la Iglesia y el arte contemporáneo.

En este diálogo Couturier interpretaba cuales eran las raíces del problema, que explicaba así:

"Las causas esenciales de la decadencia del arte sagrado no son de orden artístico, sino más bien proceden de lo religioso. Esta decadencia está ligada a la declinación del espíritu cristiano en el mundo occidental".

En un momento de su camino, tuvo la intuición y personal determinación de revalorizar a los artistas de su tiempo porque los consideraba depositarios de una cualidad de belleza tan alta como para poder **revelar la dimensión espiritual del hombre y su profundo sentido religioso**, iniciando entre otras muchas iniciativas, la aventura de construir una Iglesia ex novo, con la colaboración de los artistas más importantes del momento.

De este modo, y gracias a la amistad de Couturier con los principales artistas de su generación, propuso a un gran número de ellos para que se implicaran en el proyecto. Así ha llegado hasta nosotros la iglesia de **Nuestra Señora de Gracia en Assy**, Francia, donde podemos encontrarnos obras de arte religioso de **Marc Chagall**, que se decidió a colaborar activamente con Couturier, al igual que lo harían **Henri Matisse, Georges Braque o Pierre Bonnard**.

Traemos esta preciosa experiencia de Assy, para recordarnos la urgente necesidad que tiene el hombre de hoy de encontrar lugares donde ser evangelizado, y donde las distintas artes, arquitectura, pintura, escultura, sean herramientas que le sumerjan en el Misterio de Dios, de otro modo inasible.

Y resuena en nosotros la pregunta: ¿Qué lenguaje artístico es el más adecuado para llegar al hombre de hoy? ¿Es prioritario encontrar el lenguaje formal de nuestro tiempo?

Así la presencia del arte sacro en nuestra sociedad hoy sigue siendo un reto, una responsabilidad y una gran oportunidad.

"La Virgen de la Aldea" luce hoy en el Museo Thyssen-Bornemisza, en el centro de una gran sala rectangular, junto a otras obras relevantes de artistas de su tiempo. Podemos dejar pasar los minutos y observar cuántas personas de distintas culturas y procedencia se detienen a observarla largo rato, con detenimiento, con emoción... es la única obra pictórica del siglo XX que representa en este gran espacio y de forma evidente un motivo religioso. Y es allí, en ese lugar y ese momento, donde la Madre nos mira, nos espera, nos muestra el camino.

Nuria Arribas, Arquitecta